

**MARCELO
RIOSECO**
American Visa

Índice

Cubierta

Going to Philadelphia

Just in the middle

Going home

Créditos

Acerca de Random House Mondadori CHILE

A Simón Alejandro

Cuando se usa el lenguaje
para simplemente obtener un efecto,
pero no para ir más allá
de lo que nos está permitido,
se incurre paradójicamente
en un acto inmoral.

ENRIQUE VILA-MATAS, *Bartleby y compañía*

Sucede lo mismo con el universitario enfrentado a su computadora. Corrigiendo, modificando, sofisticando sin descanso, convirtiendo ese ejercicio en una especie de psicoanálisis interminable, memorizándolo todo, intenta escapar al resultado final, aplazar la hora de la muerte.

JEAN BAUDRILLARD, *América*

GOING TO PHILADELPHIA

«Mis amigas te van a encontrar exótico», dijo sin cambiar el tono de voz. «¿Exótico?», pregunté con cierta incredulidad. «Exótico por ser chileno», agregó. «¿Y qué tiene de exótico ser chileno?» «Bueno, para ti nada, pero para ellas es algo nuevo, trendy. You know what I mean?» «¿Exótico como el monito tití?», insistí. «No, Marce, no es algo negativo. Pero no te preocupes, nadie se va a dar cuenta de que no eres norteamericano. Tienes un tipo muy internacional.»

Un tipo muy internacional. Vaya a saber usted lo que esto significa en la cabeza de una mujer que nació en el país que lanzó la bomba atómica. En el túnel apareció entonces una luz blanca, luego el ruido de los vagones inundó la estación y un frío viento sacudió el andén. Estábamos en Santiago, metro Salvador.

Un buen nombre para una mala broma.

La gente se aproximó lenta y desordenadamente a los vagones que frenaban ante nosotros. Kimberly se levantó, sonrió y mirándome con dulzura puso una mano sobre mi cabeza. «You are gonna be okay, sweetie. Don't worry. I'll be there.» Me levanté sin apuro. «¿Exótico?», pensé mientras caminaba en dirección a un vagón que abría sus puertas. Kimberly se adelantó y vi como entraba en él y se confundía entre la gente. Eran las siete de la tarde y los vagones estaban repletos de oficinistas, estudiantes, secretarias o simples trabajadores; gente que volvía a sus casas, cansados, deprimidos o simplemente hastiados de Santiago, el tráfico y los atochamientos. Entré al vagón y me paré como pude cerca de Kimberly. Algo dentro de mí se sentía como una especie aborigen en extinción. ¿Exótico? ¿Exótico como la rana zancuda misionera, el yabotí, el zorzal patagónico malvinero o el *Speothos venaticus*, más conocido como el zorro pitoco?

A mí toda la vida ser chileno me había parecido una vulgaridad, pero estaba lejos de considerar ese defecto patrio como algo exótico. Kimberly me miró a través de los hombros, cabezas y sombreros invernales que nos separaban. Sonrió y sin emitir un sonido movió

los labios. En ellos pude leer: «You are gonna be okay, sweetie». Se veía complacida, feliz. Unos segundos después, las puertas del vagón se cerraban detrás de nosotros. Miré a través de la ventana. El vagón se me aparecía como una jaula en movimiento, una jaula de metal y vidrios plásticos que se movía como una serpiente mecánica y perfecta por debajo de las atestadas y bulliciosas calles de Santiago. Íbamos hacia mi departamento y yo tenía un extraño presentimiento, un mal sabor en la boca. Afortunadamente, Kimberly estaba conmigo, ella no era exótica. Ella era norteamericana.

Faltaba solo un mes para ir a Estados Unidos. Kimberly y yo habíamos vivido juntos casi dos años en Santiago y ahora íbamos a dar un nuevo paso, viviríamos en las entrañas del monstruo imperialista, de las becas universitarias con las que uno trabaja, estudia y no paga un dólar. Al contrario, le pagan a uno. Y, más encima, cuando se hace la declaración de impuestos anual, el Tío Sam le devuelve dinero a uno en un hermoso cheque firmado por el Internal Revenue Service, que es algo así como Impuestos Internos en Chile, pero que en realidad se parece más a la CIA en Guantánamo.

Kimberly me había hablado mucho de Estados Unidos. Me decía que los supermercados eran gigantescos, que las carreteras eran gigantescas y que las servilletas gringas eran más grandes que las chilenas, lo cual siempre me provocó un vago sentimiento de inferioridad. Es que Kimberly era una verdadera hija del puritanismo protestante. Ahora bien, cuando se escucha el nombre Kimberly un prejuicio inmediatamente se apodera de uno. Kimberly es sinónimo de rubia bien rubia que apenas habla español, vestida siempre de rosado y con un buen par de abultados senos. Una Kimberly que se precie de tal tiene que usar tennis shoes, shorts bien ajustados, llevar un lindo e inocente ponytail, beber agua como si sufriera de deshidratación, ser vagamente protestante y sufrir más por el maltrato a los animales que por el genocidio de Ruanda. Por ejemplo, cada vez que Kimberly veía un perro en la calle decía inevitablemente: «Oh, it's so cute».

En la filosofía kimberliana, casi todo lo agradable que hay en el

planeta es «cute» y lo desagradable «it's not nice». Por ejemplo, cualquier bebé, por muy feo que sea, es siempre «cute», pero decir «cabrón hijo de puta» cuando un cabrón hijo de puta te escupe en la calle no es «nice». Se comprenderá entonces por qué esta filosofía ha tenido tan poco éxito en Latinoamérica. Solo la practican los que no sufren.

Una Kimberly tuvo que haber estado en algún momento de su vida en una de esas asociaciones universitarias para mujeres llamadas sororities: Alpha Theta Gamma, Sigma Phi Gamma, Beta Lambda Alpha. Ahora bien, nunca entendí esos pretenciosos nombres griegos que se usan para bautizar estas asociaciones de adolescentes inmaduros. Porque, si es un homenaje a la academia de Platón o al liceo aristotélico, los dos insignes filósofos de la antigua Grecia se deben revolcar en la tumba cuando en alguna de esas casas de niños ricos (porque también las hay para hombres) llamadas Alpha Beta Gamma llenan la bañera con Budweiser light para bautizar a los novatos recién ingresados en estas sociedades del relajo académico. En las fraternidades no se aceptan mujeres y en las sororities no se aceptan hombres. Quiero decir que físicamente hombres y mujeres (todos en edad de procrear) duermen bajo techos separados. Lo de las mujeres se entiende, pero lo de los hombres, ¿no es un poco raro?

Lo cierto es que los fines de semana todos estos adolescentes, en los cuales la joven América confía inocentemente su fenicio destino legislativo y policial, se emborrachan como cosacos y tiran como conejos. Lo que el Dios puritano de la Iglesia protestante calvinista anglicana separa, el Diablo lo vuelve a juntar. Y que me parta un rayo del Ilustrísimo Dador de la Verdad si es que estoy mintiendo. Cosas estas de los Estados Unidos de América. Ya se ve por qué George W. Bush llegó a ser presidente de una fraternidad que se llamaba «Cráneos y huesos» nada menos que en la Universidad de Yale. Total, a los gringos les encanta disfrazarse. Ya se ve que en la Casa Blanca tuvieron ocho años a un payaso disfrazado de presidente.

Las Kimberlys (si me aceptan el plural) son más que una raza, son

una forma de pensar la realidad, casi una filosofía. Pero mi Kimberly no era así, quizá no era una verdadera Kimberly. Mi Kimberly tampoco tenía ese voluptuoso par de senos tan propios de la camada kimberliana ni era una sorority girl ni era tan dorada ni hablaba mal español. Mi Kimberly era californiana, «open minded» (claro que esto depende del tipo de «mind» que se tenga), pacifista, ecologista, feminista, nada segregadora y descuidadamente imperialista. Como toda norteamericana educada, Kimberly era «polite». De política no sabía nada, pero de corrección, mucho.

Para una mujer como ella, que había estudiado en la mejor universidad estatal del Imperio, o sea, en la Universidad de California, en el marihuano pueblito de Berkeley, la diversidad imaginativa que trata la rica gama de tópicos del cuerpo social latinoamericano y transatlántico le parecía simple xenofobia, discriminación y machismo. Pero «la realidad es más compleja», solía decirle yo. «That's right», era su inevitable respuesta cargada de toda la lógica positivista del mundo occidental. Pero de «right», nada. Mi discurso contra la invasión en Irak y contra los veintiún días de bombardeo en Afganistán para aniquilar a los talibanes (aquí el verbo es incluso modesto) eran más bien problemas de la administración Bush. De «right», nada. Kiss my ass!

Incluso le expliqué que en el Génesis de la Biblia se afirmaba que el Paraíso había estado cerca del territorio que hoy se conoce como Irak, un lugar donde confluían los cuatro legendarios ríos de la Antigüedad: el Pisón, el Gibón y los actuales Éufrates y Tigris, en cuyas cuencas crecieron los imperios asirio, sumerio, acadio, babilónico y el actual Irak. Pero eso era demasiado antiguo para una norteamericana. En Estados Unidos, con más de cincuenta años ya se comienza a hablar del Paleolítico, es que aquí se borra la historia para no tener que lidiar con el pasado. Es un país que se lanza hacia el futuro cada vez que puede. Y siempre puede. Más aún, en el Antiguo Testamento se dice que desde el destruido Irak había salido Abraham a buscar la tierra prometida. O sea que el bombardeo a Irak era, simbólicamente al menos, el bombardeo del Paraíso judeo-

cristiano. Sabía que el argumento era débil, pero la metáfora es tan hermosamente antiimperialista que consideré interesante insistir en ella durante algunas semanas. No pasó nada. Kimberly hizo mutis por el foro. Los norteamericanos no se sienten culpables de lo que hace su gobierno. No se sienten culpables ni de lo que hacen ellos mismos. Y menos de lo que hizo Bush. That is just the old United States Foreign Policy. La razón es sencilla, los gringos no resisten la crítica, les hace mal al estómago, les produce várices, hernia, callos. Les da flatulencia, gases. La crítica les descompone el día y más aún si se trata del propio país. Miren que venir a criticar a un país perfecto, al mejor país del mundo. ¿Es que estos comunistas no ven la realidad? Aquí solo existe progreso y libertad. Si en este país hasta los grandes bancos tienen la libertad de quebrar y no pasa nada, que para eso el país es moderno y pluralista. ¿Dónde se ha visto mayor expresión de democracia? ¿Es que en Cuba uno puede quebrar al Estado? ¿O en Chile? No, no se puede; entonces, saque usted los cálculos, libertad = progreso = Estados Unidos de América. Libertad, claro, para echarse al bolsillo los plátanos de Centroamérica, el petróleo de Medio Oriente, los electrodomésticos de la China esclavista; si hasta el nombre del continente se lo robaron. ¿Acaso hay un país en el mundo que se llame América?

Es más, a los norteamericanos ni siquiera les causa problema la bomba atómica donde se despacharon ciento cuarenta mil almitas humanas en nombre de la paz mundial. Es que eran almitas japonesas y justo se dio la casualidad que en esa época las almitas japonesas eran malas almitas. Pero, en fin, hay que ser justos, Kimberly era una preciosidad y yo estaba enamorado de ella. Y a mí qué me importaba la Segunda Guerra Mundial o dónde había estado el Paraíso. A mí me importaba mi Kimberly y nada más.

Tres semanas antes de partir, Kimberly decidió adelantar su viaje. En ese momento debí comprender que el destino me estaba enviando una señal de advertencia. Lo que yo desconocía en ese momento es que todos nosotros tenemos nuestro propio idus de marzo. Pero yo, como he sido siempre duro de mollera, no escuché los

míos del mismo modo que Julio César desoyó las advertencias en las puertas del Senado. Y al César lo mataron por burro y a mí me pasó lo que me pasó. Bueno, al menos me pasó algo, de otro modo no habría podido escribir este libro que, como dice mi amigo Simón Alejandro, es de lo poco bueno que he hecho en mi vida.

Si hubiese sido más instruido en la lectura de Plutarco, tal vez hoy estaría en Santiago de Chile. Pero ya se sabe hacia dónde conducen los laberintos de la ignorancia, ¿no?

Kimberly se fue a la casa de sus padres en Los Ángeles tres semanas antes de que yo viajara, así, de pronto, me quedé sin casa en Santiago. Bueno, es una manera de decir. En tres semanas tuve que dejar mis cosas en bodegas, casas de amigos y en la casa de mis padres, por supuesto. De este modo comenzaba a dejar atrás mi latinoamericana vida. El plan, diseñado por Kimberly, era que yo viajara a Los Ángeles y desde allí iríamos hasta Filadelfia en auto con su mamá, ella y yo. El viaje duraría una o dos semanas y aprovecharíamos de conocer más de la mitad del país del Norte.

Yo, que desde adolescente siempre había admirado a Jack Kerouac, me imaginaba a mí mismo como Dean Moriarty, un Neal Cassidy chileno quizá cruzando el territorio salvaje de América. Bueno, en Estados Unidos las carreteras son solo eso, carreteras. No se puede salir de ellas sino para echar gasolina, comer en alguna cadena de restaurantes tipo Wendy's (claro que si uno tiene suerte se encuentra con algún buffet chino para variar un poco) o dormir en algún motel de esos que son iguales en todas partes. Fuera de eso, no hay mucho más. El paisaje está tan cuidado que parece que uno no se moviera porque es siempre la misma carretera, los mismos hoteles, los mismos árboles, la misma comida, el mismo pasto, las mismas piedras, las mismas hormigas y, por supuesto, los mismos autos. No importa dónde estés, América estará siempre contigo. Y no cambia. Una vez que me hallé en una carretera de Estados Unidos comprobé lo mentirosos que son los escritores.

La noche anterior al viaje mis amigos organizaron una comida en un restaurante de Santiago. Bebimos, conversamos, y yo hablé con

entusiasmo de mi nueva vida. Viajaba al otro día. Esa noche dormí en la casa de uno de ellos, me despedí de mi familia por teléfono y a media tarde del día siguiente me fui al aeropuerto. Viajar es estresante, especialmente cuando uno no ha ido más allá del Morro de Arica. Revisé mis papeles, el documento más importante lo llevaba en un sobre que había sido cerrado por la Embajada norteamericana en Santiago y que solo podía ser abierto por un oficial de Inmigración en Atlanta. ¿Qué diría ese documento? Me imaginaba mil cosas. La paranoia es un animal que nunca duerme. Tal vez dijera: «Devuélvalo en el primer vuelo a Chile». O «cóbrele veinte mil dólares de multa por viajar con un pasaje robado». O «sométalo a un extenso interrogatorio». Pero mis pensamientos se inclinaban por la opción que más o menos a cualquier persona en su sano y paranoico juicio se le ocurre cuando viaja a Estados Unidos. Un oficial norteamericano de complexión robusta que no sonríe, con un corte de pelo estilo militar, vestido con una camisa blanca y pantalones negros sostiene todos mis papeles en una mano, o sea, mi destino, mientras en la pantalla del computador lee: «El pasajero es buscado por la Ley. Deténgalo y colóquelo en la frontera mexicana. Nota: Los gastos legales de este proceso correrán por cuenta del detenido». Durante las noches previas al viaje me imaginaba en esas circunstancias y comenzaba a idear inmediatamente cómo acogerme a alguna ley humanitaria internacional.

Me subí al avión con esos hermosos y tranquilizadores pensamientos después de tomarme un Ravotril y un par de somníferos. Mi bolso de mano parecía un botiquín de la Cruz Roja en misión a Sudán. Viajaba en American Airlines (por seguridad). Las opciones más baratas, como Copa o Aerolíneas SAM de Colombia, me parecieron muy riesgosas para hacer mi debut en el país del Norte. Había escuchado demasiadas historias de turistas que por no saber responder correctamente una pregunta en Inmigración los habían tenido una hora con el culo abierto para que un agente de aduana, con linterna y guantes plásticos en mano, los examinaran en busca de cocaína. Por supuesto que la mayoría de las veces lo único que encontraban

es que los pasajeros son bastante hediondos, nada más. Y de la cocaína, nada. Después de todo, ¿qué puede esperarse de un pasajero que tiene el culo pegado a un asiento casi el día entero? ¿Olor a rosas? No todo el mundo es traficante tampoco.

Mi viaje duraba diez horas hasta Atlanta y después cuatro horas más desde Atlanta hasta Los Ángeles. Si todo salía bien, Kimberly y su casi dorada cabellera californiana me estarían esperando en el aeropuerto de Los Ángeles. Hasta ahí todo iba bien. Las pastillas me hicieron efecto enseguida. Me sentí de buen humor y animado. Después de todo viajaba en una aerolínea norteamericana. Pero como yo conocía Estados Unidos solo por películas, desconocía muchas cosas. Es que uno cree que el Imperio también debe expresarse en sus aerolíneas. Vaya usted a saber por qué las aeromozas de American Airlines recogen la basura en un vuelo internacional con una bolsa plástica, un estilo no muy del primer mundo, diría yo. Démosle un crédito a Piñera, las chicas de LAN Chile son guapas y atentas y no viejas, gruñonas y rednecks como las veteranas de Estados Unidos. Pero allí estaba yo, tratando de acomodarme en esos estrechos asientos de la clase económica que después de todo no son tan económicos. Es que estos 747 parecen haber sido pensados para un circo de enanos, porque nadie que mida más de 1.70 de altura puede viajar cómodamente sentado. Las aerolíneas gringas son lo que los economistas llaman una contradicción interna propia del capitalismo tardío. Primero, por esas extrañas políticas de no discriminación, tanto Delta como American Airlines contratan todo tipo de personas, no importa si están en edad de jubilar o no. Con esta misma política Walmart contrata lisiados y ancianos para que se ocupen de los carritos a la entrada de sus tiendas. Claro, sin seguro médico ni jubilación y por el sueldo mínimo, que así es más barato hacer producir a los abuelitos.

Yo, como estaba un poco high, consideré la situación propicia para practicar mi inglés. «Mi inglés» es un decir; por supuesto, en USA es lo que se conoce como «inglés cortado con motosierra».

Después de una hora de vuelo, las aeromozas aparecieron empu-

jando los contenedores con la comida aeroespacial de la noche. Eché un vistazo a mi alrededor, «estas mujeres van al cine con entrada rebajada», pensé. Yo lo único que esperaba es que si estas viejas eran feas, al menos fueran atentas, que es lo mínimo que se puede esperar cuando un pasaje cuesta más de mil doscientos dólares.

Después de veinte minutos llegó la comida. Una mujer se acercó hasta mi asiento y me miró sin mirarme y me preguntó sin preguntarme: «Chicken or beef?». «Pollo», dije. «There is no pollo», respondió al tiempo que dejaba caer la bandeja de plástico con la comida sobre mis piernas. Abrí el paquete metálico, contenía algo que parecía una ensalada con carne. Probé la carne, estaba dura, incomible. Era lo que se llama hoy carne de vaca no orgánica. Ay, Señor, estos protestantes pecadores debieran leer tu palabra más seguido antes de ofrecer estos alimentos a los inocentes pasajeros que viajan de buena voluntad. Pensé en las señoras aeromozas. ¿No habéis leído nunca que en Levítico 12, 22-24, con tanta simpleza y sabiduría, se dice: «No presentéis al Señor animales ciegos o lastimados o mancos o con verrugas, sarna o erupciones en la piel, ni los deis para ser quemados como ofrendas en el altar del Señor»? Y entonces, ¿por qué a mí me llegaba ese par de duras suelas de vaca ciega y lastimada, manca y quemada? Misteriosa es la voluntad del Señor. Pero, claro, las señoras aeromozas estaban más ocupadas en deshacerse de la vaca no orgánica que en escuchar los sabios versículos del Antiguo Testamento. Las señoras aeromozas ni siquiera me agradecían que no las llamara azafatas, que en Chile es una manera elegante de decir prostituta. ¿O me equivoco? El viaje seguía y ya estábamos volando sobre Perú. Se apagaron las luces y el cóctel de pastillas alucinógenas que me había tomado antes de embarcarme me entregó sin mucha dificultad a los gordos y peludos brazos de Morfeo.

El avión llegó a Atlanta sin retraso. Nada más piso Estados Unidos y ya me siento como la Carmelita de San Rosendo. Es que a mí lo internacional me llegó tarde. Me pongo entonces en la fila de los «non-immigrants» preguntándome si alguna vez se me ocurrió ser

inmigrante y decidí que mejor no, que mejor era seguir siendo chileno y que producto de esta decisión me tocaba hacer esa fila. Bueno, ser chileno es como ser nada. Y yo era algo. O eso creía.

Una mujer vestida de policía y con una linda pistola calibre 38 daba las instrucciones en inglés y parecía que lo mejor era no hacerla enojar. Como no me acostumbraba a la idea de ser non-immigrant, me imaginé que en la fila de inmigrantes había una colección de seres de todas partes del mundo arrancando de cuanta guerra genocida existe sobre el planeta, que es la manera que hemos tenido los seres humanos de comunicarnos en el siglo xx y en lo que va del XXI. Pero no existía tal fila, comprobé que la gente que esperaba en Inmigración parecía bastante normal. Supuse que los ruandeses, bosnios, ucranianos, sudaneses y otros miembros de la devastación mundial entraban a este país por otro lado. Es mi turno. Un oficial que no puede parecer más norteamericano (porque si tal cosa se pudiera parecería alemán) me atiende sin esbozar un gesto de felicidad en la cara. Debe ser una técnica de actuación, supongo, extraída de los libros de Stanislavski. Le paso mis papeles entre los que va el misterioso sobre cerrado. Me hace algunas preguntas que respondo con mi mejor inglés mientras imagino que en la pantalla va a aparecer la información que dice que hay que enviarme a la frontera mexicana. Por alguna razón, uno nunca imagina que Estados Unidos tenga una frontera con Canadá.

El oficial (vamos poniéndonos al día con la terminología) me toma una foto, me pide que ponga mi huella dactilar en una maquinita con una pantalla azul, «cambie de mano, ese dedo no, el otro, qué-dese quieto», aprieta los botones de su migratorio mouse, estampa sellos y me devuelve los papeles. «Me salvé de la deportación», pienso. Por primera vez veo el papel que contiene el misterioso sobre cerrado, pues ya está abierto, y es un simple papel del Ministerio de Defensa norteamericano que dice únicamente que soy estudiante de la Universidad estatal de Pensilvania. No hay pruebas de ADN ni de enfermedades de transmisión sexual ni reporte de actividades ilícitas, tráfico de drogas con los cárteles de Sinaloa o Med-